

1er. Capítulo
El arte de perder

Lola Beccaria



En el juego del amor gana quien está dispuesto a perder

Lola Beccaria



El arte de perder

*Premio Azorín de la Diputación
Provincial de Alicante 2009*

A los que dominan el corazón a su pesar

*No es difícil dominar el arte de perder;
tantas cosas contienen el germen de la pérdida
que perderlas no es un desastre.*

ELIZABETH BISHOP,
Un arte

*Lo has intentado. Has fracasado. No importa.
Inténtalo de nuevo. Fracasa de nuevo. Fracasa
mejor.*

SAMUEL BECKETT,
Rumbo a peor

JUNIO

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Eres un cabrón!

Sara había salido fuera un momento, a fumar un pitillo, pues el restaurante era un *espacio libre de humo*. Aquellas palabras procedían de una figura vestida de negro, delgadísima, de melena perfectamente cuadrada, pantalones ajustados y tacones altos. Una mano como una garra aferraba el teléfono móvil que, adherido a la cabeza de aquel cuerpo silueteado en la penumbra, parecía rematar el asa de un inestable jarrón humano.

Había visto a aquella mujer sentada sola en una mesa durante alrededor de media hora. Y recordaba vagamente que su móvil había empezado a sonar y que la mujer se había levantado apretando las mandíbulas mientras alguien, al otro lado de la línea, debía de estar hablando. Al hombre llevaba un bolso negro, enorme y adornado de clavos plateados, con una correa de eslabones metálicos.

No eran los insultos, vulgares, lo que impactó a Sara. Cualquier mujer elegante puede llamar a alguien «hijo de puta» o «cabrón» sin despeinarse o convertirse en la esencia de la vulgaridad. Cualquier mujer elegante puede llamar a un hombre «cabrón» sin perder la sonrisa, o, incluso, de manera tan displicentemente provocativa que el

insulto derive en unas ganas irresistibles de querer seducirla. Lo que impactó a Sara fue el tono en que aquellos insultos habían sido proyectados contra el aparato. No era una voz más o menos controlada, una enunciación cabal en un contexto razonable, sino un grito descomunal en su estridencia, desbocadamente visceral, la ira de un dragón echando por la boca fuego mezclado con ácido sulfúrico.

Aquel grito era, en sí, un grito desgarrador, lleno de contenido. Era un grito que llevaba a imaginarse toda una historia. Aquel solo grito podía reconstruir la vida de esa mujer sin necesidad de más detalles. Podía describir su intimidad, sus ilusiones, sus deseos, su personalidad y, por encima de todo, su biografía amorosa. Aquel solo grito exponía, de forma palmaria, el estado de la cuestión. Tal vez la mujer se hubiera enterado, al mismo tiempo, de dos o tres verdades espantosas: que el hombre que amaba estaba a punto de morir, y que, además de estar a punto de morir, era un depravado asesino en serie, y que, además de estar a punto de morir y de ser un asesino en serie, le había puesto los cuernos durante años. Eso hubiera explicado la contradictoria información proporcionada por la emisión de aquel sonido. Pues había en aquel grito un deje de dolor abrasante, que es el que la muerte siembra a su paso en primera instancia, y había, al mismo tiempo, un estremecedor estallido de iracunda decepción, de traición insoportable.

Pero en ningún momento Sara, paralizada por acción de la ferocidad de unas cuerdas vocales impresionantemente poderosas para un cuerpo tan menudo, sintió que aquella mujer estuviera sacando las cosas de quicio. A pesar de que se la veía patética, gritando en medio de la acera, bajo el cielo estrellado de Madrid, frente a un restaurante frecuentado por gente por encima de la media, y a pesar de que el aparcacoches, que volvía a su posición de vigilancia todo ufano tras encajar un Ferrari en un hueco

imposible, la hubiera mirado como si estuviera frente al monstruo más salvaje jamás visto y, de forma instintiva, hubiera hecho una elipse en su camino, dando un aprensivo rodeo, salvando cruzarse de cerca con ella, y a pesar de que Sara, tan sensible al ruido, hubiera deseado no escuchar aquellos gritos, pudo percibir, tras la apariencia, la desbocada manifestación de una urgencia legítima.

Era evidente que la mujer hablaba con el hombre que la había dejado plantada en la cena. Pero el nivel de rabia que esta había llegado a acumular le resultaba inaudito. Ella nunca en su vida se había visto en semejante situación. Tan desbordada por los acontecimientos que se hubiera olvidado de guardar las formas o de razonar frente a alguien. El aguante, la paciencia de aquella mujer habían sido arrollados por la imperiosa necesidad de ser expresada en voz alta su rabia más animal e incontenible.

Representarse al hombre que hablaba al otro lado del teléfono provocó en Sara una náusea cercana al vómito. De pie, con el pitillo a punto de extinguirse, apoyada en la pared, no dejaba de clavar su mirada en aquella trémula espalda, en la oscura efigie femenina, casi un alambre nervioso, que sostenía el móvil y parecía dispuesta a romper con todo, o quizá, por el contrario, dispuesta a encajar, como ya debía de ser una costumbre, aquel plantón como uno más de la colección de plantones que el impresentable amante le había dado en el pasado y habría de darle en el futuro.

Sara se deshizo de la colilla, cortó aquella conexión emocional sobrevenida y volvió al interior del restaurante, donde su compañero de velada la esperaba. En su cabeza bailaba la posibilidad de que algún día tuviera que sufrir, ella misma, una experiencia de tal calibre. Y se dijo que no, que jamás toleraría ser víctima de un hombre como aquel. Su propio carácter, tan rebelde y determinado, la

hacía incompatible con esa clase de contextos. Ella jamás se pondría en el punto de mira de un tirano grosero. Sencillamente no le gustaban ese tipo de hombres. Y a ellos tampoco les gustaba ella. Era algo recíproco. Los maltratadores tienen un sexto sentido para despreciar a las chicas insumisas. Las dejan marchar, e instalan sus trampas en la zona del bosque donde las incautas y débiles cervatillas habitan.

No. Ella jamás habría de caer en esa trampa, pues ningún hombre experto en vulnerables y frágiles sumisas la querría ver ni en pintura. Tenía una póliza contra el maltrato. Eran su personalidad inquieta, su exceso en general, su ánimo aventurero, su impulsivo desorden, su risa pícaro y su manía de discutirlo todo la más segura póliza contra el peligroso acecho de un varón dominador.

Y si no era como aquella mujer, que de tierna cervatilla había pasado a tigre rabioso en el espacio de media hora, sin independiente elección de serenidad, marioneta de su pareja, tampoco quería ser como esas otras mujeres que afirmaban, a cada paso, que los hombres les tenían miedo.

Sara quería ser un alma metafísica, sin ataduras, sin tópicos, libre para configurar un prototipo único, y nuevo, de mujer. Y aun cuando ese modelo era posible en solitario, pues uno, solo, puede escoger qué vida le da la gana de llevar, parecía mucho más difícil construirlo en el mundo afectivo, donde dependes de otro para llevarlo a cabo.

A sus cuarenta años no había perdido la esperanza de encontrar a un hombre que compartiera con ella ese modo de ver las relaciones, pues consideraba que, lo mismo que había mujeres inconformistas con los roles sociales, tenía que haber, necesariamente, hombres en la misma onda. Hombres que no buscasen sumisión o insumisión por norma, sino un ser que lo contuviera todo, que se permitiera, según el capricho selectivo del momento, ser su-

miso e insumiso, activo y pasivo, amante y amado, puro e impuro, lascivo y recatado. Ya que esa variedad era, según Sara, la esencia de la felicidad, pues, para llamarse realmente felicidad, la felicidad debía ser variada, y de ahí se derivaba necesariamente que resultase excitante, intensa y divertida.

Se sentó de nuevo en la mesa, frente a su acompañante, y siguió charlando con él. Lo acababa de conocer en persona esa noche, fruto de un previo chateo en Internet. Sara llevaba unos meses frecuentando esos ambientes cibernautas. Hasta la fecha siempre había encontrado hombres con los que salir y de los que enamorarse, aunque ninguna relación le hubiera durado más de cuatro años. Ese parecía ser su plazo máximo, si bien había tenido sucesivas relaciones más cortas. De hecho, las últimas se habían sucedido una tras otra sin dejar huella, cada vez más fugaces. Ya no se enamoraba tan fácilmente, y le costaba mucho ilusionarse con nadie. Siempre había enlazado unas relaciones con otras. Un hombre sustituía a otro sin transición. Nunca había estado sola, aunque había vivido siempre sola. Y el hecho de que durante un año entero no hubiera aparecido ningún hombre interesante en su vida la había llevado a preocuparse, pues sentía que había perdido sus poderes, aquellos poderes mágicos que si bien no le conseguían un hombre para la eternidad siempre le habían proporcionado aventuras cortas pero intensas, efímeras pero únicas.

Sara no sabía si aquella escasez se debía a ella misma o a que el azar se empeñaba en escamotearle todas las opciones. Si era por culpa de ella, poco podía hacer, pues a esas alturas cambiar el curso de su personalidad se le hacía un obstáculo no solo insalvable, sino, por encima de todo,

impensable. No podía ni quería dejar de ser quien era, y, desde luego, no contemplaba la alternativa de adaptarse al medio. De modo que si el azar se volvía en su contra, habría que forzar al azar para que trabajase en su favor.

Esa manera de pensar fue la que condujo a Sara a Internet, donde flotaban, inciertos, miles de desconocidos sin pareja. Se trataba, pues, de jugar a encontrar uno. Y como el que juega a la lotería tiene más posibilidades de ganar cuantos más boletos compre, lo mismo ocurría en la ruleta del amor, siendo el proceso muy simple y mucho más barato.

Contactar, chatear, halagar, alardear, describirse, entrevistar... y, finalmente, citarse. Era un *casting* sencillo, a veces pesadísimo, pero sin riesgo alguno.

Sara determinó enseguida descartar al candidato de aquella noche. El tipo había aparecido con un Mercedes deportivo, la había invitado a cenar al restaurante japonés más pretencioso de la ciudad y allí estaba, hablando de su trabajo. Vendía implantes dentales y, al parecer, le iba muy bien. Se acercó el camarero y les sirvió un poco más del Vega Sicilia que su acompañante había elegido. Ella se había cruzado de brazos instintivamente, y él, ojo avizor, interrumpió el discurso y le dijo que los descruzara. Sara no entendía nada. Era la primera vez que alguien le pedía que descruzara los brazos. A regañadientes, lo acabó haciendo por no parecer descortés, y le preguntó a qué venía aquello. Él respondió que un vendedor no puede nunca permitir que un cliente se cruce de brazos. Por lo visto, es la más clara forma de distanciamiento, de expresar inconscientemente recelo ante el de enfrente, y el vendedor debía, con cualquier excusa, evitar esa postura, obligando al cliente a abrirse y bajar la guardia. Sara le respondió diciéndole que ella no era su cliente y que no tenía que venderle nada. Él se rió como un conejo y pidió la cuenta.

Cuando se la trajeron, analizó el papel, llamó al camarero y le dijo que aquella cuenta no era la suya. El camarero asintió y recogió la bandejita con la factura. Entonces le comentó a Sara, con aire despreciativo, que esa cuenta no era la suya porque la suya era mucho más cara.

—Eres muy atractiva —le dijo al salir del restaurante—. ¿Te gusta mi coche?

—Sí... —Sara hizo un mohín de coqueto disgusto, repasando con la vista aquel precioso modelo azul oscuro con asientos de piel marfil al que difícilmente podía ponerse alguna pega—. Aunque... prefiero los Mercedes descapotables.

Al cabo de varios días Sara se citó con otro, esta vez abogado. Cuando apareció a recogerla en el sitio donde habían quedado, conducía un Mercedes deportivo, esta vez descapotable. Vaya plaga, pensó ella. Al parecer, ahora los Mercedes los regalaban en las rifas. Durante un tiempo había trabajado como creativa en una agencia de publicidad que precisamente tenía la cuenta de Mercedes, y sonrió para sus adentros recordando que la empresa exigía que el discurso subliminal de venta fuera, estrictamente, el de dirigirse a un público minoritario, con dinero pero con clase. Estaba claro que las cosas habían cambiado desde entonces. Diez años habían pasado, y ahora cualquiera, con clase o sin ella, podía comprarse un Mercedes, de modo que tener un Mercedes no significaba ya nada, pues detrás de aquel volante forrado mimosamente de cuero podía sentarse cualquier patán de medio pelo, obviamente sin clase, que aspirase a que la clase le cayera del cielo precisamente por conducir un Mercedes. O por poder pedir en la mesa un vino prohibitivamente caro, o por ir a restaurantes japoneses o, también, por supuesto, por frecuentar la ópera.